

dado; a aquella riqueza interminable de volúmenes antiguos y nuevos, de diccionarios, de revistas, de opúsculos, atlas, códices y manuscritos. Presto me hice como de casa, aprendí las caras de los repartidores, descubrí los secretos de las firmas, penetré en los catálogos, conocí los rostros de los fieles y de los apasionados que, como yo, iban todos los días puntuales e impacientes, como a un lugar de voluptuosidad.

Y me arrojé de cabeza a cuantas lecturas me sugerían mis pululantes curiosidades o los títulos de los libros que encontraba en los que iba leyendo, y empecé entonces, sin experiencia, sin guía, sin propósito alguno, mas con todo el furor de la pasión, la vida magnífica y dura del omnisciente.

## IV

## DEL TODO A LA NADA

¿Qué quería aprender? ¿Qué quería hacer? No lo sabía. Ni programas ni guías; ninguna idea precisa. De esta parte o de la otra, Este u Oeste, en profundidad o en altura. Únicamente saber, saber, saberlo todo. (He aquí la palabra de mi desastre: *todo*). Desde entonces he sido de esos para quienes lo poco o la mitad no cuentan. ¡O todo o nada! Lo he querido siempre todo — y que nada se escape o quede fuera; completo y totalidad,—nada más que desear después. Es decir, el fin, la inmovilidad, la *muerte*.

Entonces quería saberlo todo, y no sabiendo por dónde empezar mariposeaba a través del conocimiento con ayuda de manuales, diccionarios, enciclopedias. La enciclopedia era mi más alto sueño, el ideal más caro, el libro máximo y perfectísimo. Allí, a juzgar, al menos, por las promesas y las apariencias, estaba todo. Todo nombre de hombre, de ciudad, de animal, de planta, de río o de montaña, estaba allí registrado, puesto en su lugar, explicado, ilustrado.

A cada pregunta la enciclopedia respondía en seguida, sin que costara trabajo buscarlo. En mi retó-

jado cualquier juego y cualquier teatro, e incluso apuesto, una colección de fieras que en las ferias era lo que atraía mi corazón más que toda otra cosa.

Con todo, aquella empresa que me engrandecía, pobre chico ignorante, a mis propios ojos y a los de los repartidores de biblioteca, que me miraban con piedad mezclada de ironía y respeto, me aburrió o, por mejor decir, me espantó por la perfección que quería lograr. Llevaba ya trabajando un par de meses, mañana y tarde, al pie de los ventanales soleados, y por la noche bajo los arcos voltaicos de otra biblioteca o a la luz de una vela en mi cuarto, y con tantos escritos y copias no había conseguido pasar de las palabras que empezaban por Ad. Un larguísimo artículo sobre el furibundo Aquiles me cansó. Bordeaba la cuestión homérica; estaba en el umbral de la filología clásica; varias palabras griegas (que no entendía) me humillaron.

La razón corrió en ayuda del cansancio. Empezaba entonces a husmear un poco de filosofía, ¡quién sabe en qué pérfidos libros!, y comenzaba, mal que bien a reflexionar con más finura de lo que correspondía a mi edad. Vi, pues, que la verdadera sabiduría no podía consistir en una relación alfabética de noticias saqueadas aquí y allá de cualquier parte, en un amontonamiento de citas y de copias, ordenado mecánicamente, pero sin soplo de vida ni espíritu de pensamiento.

Abandoné la enciclopedia, pero no quería dar en el especialismo; mi donjuanismo cerebral tiraba de mí cuando iba a entregarme a un solo amor. Necesitaba yo lo ilimitado, lo grandioso, la totalidad de las cosas, la amplitud de los tiempos, la procesión de los siglos y de los volúmenes.

Me pareció que la historia convendría a mi caso. Ideándola en grande, completa, historia de todas las cosas y de todas las actividades, entraba todo en ella,

menos las ciencias, que podría estudiar para mí aparte. Naturalmente, no ya historia breve y particular de una época o de un pueblo, sino historia universal de todos los tiempos y de todas las razas. De tal suerte, el sueño se reducía casi a la mitad, pero lo que quedaba era todavía para dar cuidado a un escritor de quince a diez y seis años.

Y héteme de nuevo a buscar, a estudiar, a copiar, a compilar.

Conocía ya y admiraba la historia universal de Cantú, que me había socorrido en varios de mis tropiezos eruditos; pero quería hacer una bastante más vasta, completa y segura que aquella. Y, además, Cantú era católico y arrimado a la cola. La mía sería la historia racionalista y revolucionaria, ya que en aquel tiempo era como mi padre: ateo y republicano.

Seguía siendo todavía la idea fija medioeval del espejo de toda cosa, pero ya más razonada y espiritual. Muchos, muchísimos, infinitos hechos—pero ligados por una vida que crece, sube y se desenvuelve—dispuestos y coagulados por un pensamiento que asciende de la más ciega voluntad de vivir a la heroica inutilidad del pensamiento por el pensamiento.

Para comenzar me embosqué en la cronología egipcia y refundí un compendio de la historia de Egipto hasta los alejandrinos. Iba ya a pasar a los chinos cuando me acometió el pensamiento de que mi historia no tenía cabeza. Para escribir una historia que fuese verdaderamente universal había que empezar por la creación del mundo, y no por los primeros recuerdos escritos. Lo poco que sabía de astronomía y de geología me había dado una idea de antigüedades maravillosas y de perpetuas destrucciones y nacimientos de mundos. No podía pensar, como Cantú, en considerar parejos los siete días de los hebreos y el *fiat* y el paraíso terrestre. Era menester contar el principio

del universo, no ya según Moisés, sino según la ciencia. La ciencia, para mí, personificábase entonces en Camilo Flammarion y en Carlos Darwin. El primero me conducía a Laplace y el segundo a Lyell. Y hé teme improvisado astrónomo, geólogo y antropólogo, para reescribir a usanza moderna la formación de la Tierra. Más de una noche fijé mis pobres ojos, ya miopes, en el fondo del cielo para descubrir una de aquellas nebulosas imanes-matrices de estrellas y planetas, de que hablaban con cifras y figuras los cosmólogos nuevos.

Pero cuando hebe escrito de nuevo, con tal cual lírica inexactitud, la llameante epopeya del sistema solar y la paciente historia de las cortezas de la tierra, pensé que aun no lo había hecho todo. Había dicho cómo se formara el mundo, pero no lo que los hombres habían fantaseado sobre el principio de las cosas.

Pero en mi historia debía estar todo, y pasé entonces de las ciencias a las cosmogonías. Este escrúpulo de historiador (no ya historia de los hechos sólitos, sino también de las creencias sobre los hechos) tuvo gran influencia en mis estudios.

Mi curiosidad se bifurcó: caí, de una parte, en la literatura comparada, y de otra, en la religión. En la religión antes que nada. No hubo teogonía o mito cósmico que yo no buscara, resumiese o copiase para dar con el principio de mi historia.

En ninguna me detuve, sin embargo, como en la de los judíos. Tomé en casa una de aquellas Biblias negras que hace treinta años vendían los protestantes ingleses en Italia por media lira (y que ninguno quería); releí allí todo el *Génesis*. Pero no bastaba. Busqué en la biblioteca los comentarios más alabados, las disquisiciones eruditas más autorizadas sobre la obra de los siete días, y concordistas católicos y herejes en confusión. Leía y hojeaba libeluchos ingeniosos del

diez y ocho y apologías estucadas a la moderna, para dar satisfacción a los seminaristas menos cretinos; ensayos franceses, claros y espumosos como el champaña, y blandos panecillos filosóficos y exegeticos, a la alemana; artículos de vocabularios y glosas largas y variolingües de biblias políglotas, sin saber discernir lo seguro de lo sofisticado y lo comprobado de lo supuesto. Revolví asimismo en los tomos verdes que había encontrado en la cesta-librería, y perdí poco a poco el recuerdo de la primera razón de mis investigaciones, para perderme en el laberinto de las cuestiones bíblicas.

Me empeñé, por ejemplo, en la tentativa concordatoria; tuve la paciencia de leer el librote de un tal Pianciani, y luego el colosal *Hexameron*, de Stoppani, y otros varios ejercicios biológicos y escolásticos de jesuitas darwinistas o poco menos. Y se me ocurrió entonces una idea: todos los comentarios de la *Biblia* que se conocen están hechos por curas, por obispos, teólogos, creyentes—por devotos, aunque sean luteranos o cuáqueros.—Falta, por el contrario—es decir, creía yo que faltaba;—un comentario de la *Biblia* hecho por un racionalista, por un hombre positivo, por un incrédulo desinteresado, espíritu libre, que siguiera versículo por versículo todos los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento, y pusiera ante los ojos de todos, sin eufemismos, los errores, las contradicciones, las mentiras, las ridiculeces, las pruebas de ferocidad, de doblez, de estupidez, de esas páginas que dicen inspiradas por Dios. Un comentario semejante, pensaba yo, haría más daño a la fe que no las furias ateas y las aburridísimas controversias, que son las más de la antiteología moderna.

“Este comentario no existe; lo haré yo”.

Ahora ya las grandes empresas no hacían latir mi corazón, y esto, respecto a la enciclopedia suma, era

un trabajillo de nada, que podía acabar cómodamente, pensaba yo, en un par de años.

Empecé seriamente; cogí una gramática hebrea, y al cabo de pocos días escribía ya los gruesos y retorcidos caracteres semíticos y era capaz de copiar los versículos del Pentateuco del original. Recogí un material que a mí me parecía grandísimo y amontoné por mañana y tarde cosas nuevas, hasta que un día me parecieron bastantes. Estaba harto y casi con náuseas de tan enfadosa erudición; sentía que de no conseguir darle una forma, cualquiera que fuese, abandonarlo todo en aquel punto, y para siempre.

Entonces copié el primer versículo del *Génesis* (en hebreo) y empecé con el comentario: "En el primer día Dios creó el cielo y la tierra". Me encontraba de pronto en medio de las mayores dificultades. Hay en este versículo dos palabras que han dado bastante que hacer a los exégetas, y que los cristianos han traducido a su modo, como convenía a la teología fijada en los concilios y en los padres. ¿En el texto dice *Dios* o *dioses*? ¿*Creó* o *formó*?

Es decir: los primeros judíos ¿eran monoteístas o politeístas? ¿Creían en la creación de la nada o se imaginaban a Dios como un demiurgo escultor que diese forma a una materia increada e independiente de él? Problemas infinitos, como se ve: históricos, lingüísticos y filosóficos juntamente. Pero no me asusté, y empecé a escribir.

Escribe que te escribirás, no conseguía adelantar un punto; se amontonaban los argumentos, las defensas y contradefensas; seguían una tras otra las citas en tres, en cuatro lenguas; se abrían y extendían los paréntesis filosóficos y las disquisiciones teológicas. Mi poquísimo hebreo se perdía en esta terrible confusión, tenía que fiar en los demás, y los úni-

cos dignos de fe eran para mí los que le quitaban la razón a los curas y se la daban a la Razón.

Inclinábame, por lo tanto, a creer que se debía traducir "los dioses formaron"; pero lo difícil estaba en persuadir a los demás, y persuadirlos de modo que nadie pudiera rebelarse o dudar de lo contrario.

Y escribe que te escribirás, no conseguía acabar con aquel malditísimo versículo, que quedará impreso en mi memoria mientras tenga vida. Cuanto más escribía más se enredaban las ideas, se mezclaban y superponían ataques polémicos, disertaciones etimológicas e inducciones dialécticas en sabática danza erudita, cuyo ritmo y cuyo motivo ni yo mismo conseguía encontrar ya. Al cabo, como y cuando el espíritu quiso, las apunté; había escrito más de doscientas apretadas páginas. La emprendí con el segundo versículo: "Y la tierra era una cosa desierta y vacua; y eran las tinieblas sobre el haz del abismo, y el espíritu de Dios se movía sobre el haz de las aguas". Aquí las traiciones y los falsos teólogos eran menores, pero las dificultades, casi igualmente grandes; tenía que explicar las tinieblas y el abismo y distinguir el concepto de espíritu de Dios de la idea de Dios (primera semilla de la trinidad alejandrina), y la alusión a las agaas me llevaba hacia Grecia, hacia los primeros pensamientos de Grecia: Hesiodo con su *Teogonía* y el mundo que surge del océano, y el sabio Tales de Mileto, que vió en la humedad el principio de todas las cosas. Chapoteaba en la erudición; me arriesgaba incluso a las citas griegas (¡qué emoción al copiar uno por uno con mano poco segura los divinos caracteres de Platón!) y vagaba por entre aquella maraña de citas, glosas, alucinaciones y disertaciones, como Adán en el jardín zoológico y botánico del Edén.

A fuerza de escribir llegué al tercer versículo: "Y Dios dijo: hágase la luz. Y la luz fué". Palabras que

sorprendieron incluso al retórico Longino, no obstante fuese pagano, pero que a mí, reciente discípulo de Bayle, de Voltaire y del autor de las *Veladas filosóficas y semiserias*, no me inspiraron respeto. Risa más bien; ¡cuántas muecas a espaldas de Dios, que creaba la luz antes de haber creado el sol!

No llegué al cuarto—estaba ya cansado y aburrido.—Si para tres versículos habían sido menester todas aquellas páginas, todos aquellos apuntes, todas aquellas erudicionerías, ¿qué no sería para hacer toda la *Biblia* y comentar debidamente millares y millares de versículos?

Mejor era volver al sistema antiguo: resumir y atacar. Desarrollé el plan de una gran obra contra la fe; escribí varios fragmentos de ella; estaba, me acuerdo, en lengua toscanizante, en tono más bien punzante, y se daba un aire al *Asino* de Guerrazzi, leído por mí con gusto indecible en aquellos tiempos.

Pero tampoco esta suma del racionalismo siguió adelante; y fué especialmente entorpecida por otras investigaciones que había emprendido por aquel mismo tiempo, y que derivaban, como éstas, sobre la *Biblia*, de aquel famoso primer capítulo de la historia universal que nunca había escrito. Por las cosmografías que se encuentran en los libros sagrados y en los mitos populares, había entrado en deseos de pasar a sus formas poéticas en las edades cultas, y como nunca hacía las cosas a medias, había sondeado, a fuerza de diccionarios y de historias, todas las literaturas del mundo para recoger y encontrar los poemas que tenían por argumento la creación del mundo. Encontré muchos; los leí y copié; medité—como de costumbre—escribir un libro, y poco a poco, como suele suceder, me enamoré de ciertos poetas; leí otras obras de ellos, pasé a sus próximos, me saltaron a los ojos la mayor parte de los escritores de su literatura y acabé por convertirme en maníaco de literaturas orientales

y occidentales, como habíalo sido poco antes de historia universal o de crítica bíblica.

Hacer la historia de todo el mundo y de todos los sucesos humanos—pensé—es demasiado, especialmente para un novicio como yo; pero una historia universal de la literatura podré hacerla, no como las han hecho hasta aquí, no por naciones ni por siglos, sino por *argumentos*.

Quería una historia literaria mundial comparada, no sólo bibliográfica, sino ordenada según las materias y los argumentos. Gran rebusca, pues, de temas, de índices y de títulos; infinitos apuntes sobre leyendas y motivos poéticos y cajones atestados de papeletas bibliográficas. Me había restringido mucho, pero mi manía de lo universal estaba bastante satisfecha. Con todo, luego de unos cuantos meses de exploraciones afanosas y desordenadas, tuve que persuadirme que también esta empresa era harto difícil para ser llevada a buen término. Hubiera tenido, para hacerlo bien, que estudiar quién sabe cuántas lenguas y leer sin levantar los ojos años y más años. Una historia como la que yo soñaba no se podía hacer a fuerza de títulos; era preciso conocer todo lo importante, página por página, y releer más de una vez para descubrir las fuentes y establecer las comparaciones.

Me vi forzado a otra renuncia (quinto o sexto fiasco), y me decidí a estudiar únicamente las literaturas más próximas a la mía, las literaturas neolatinas. Pero estudiarlas a fondo con idea de escribir su historia pasada y con el propósito de enseñarlas en el porvenir. Y héteme convertido en encarnizado romanista: lector de revistas filológicas, descifrador de manuscritos, oyente de cursos especiales y gran frecuentador de manuales y bibliografías. En aquel tiempo estudié con bastante método las literaturas francesa e italiana de los orígenes; pero la que más me atrajo fué la me-

nos conocida, la menos estimada: la española. Ya, tiempo atrás, había estudiado el hermoso castellano en una gramática de quince céntimos y había traducido alguna escena del *Mágico prodigioso*, de Calderón; pero entonces tomé de guía los libros de Amador de los Ríos y de Ticknor; cogí los textos primitivos, de fuero de Avila a los más antiguos romances; fantaseé en torno al *Mysterio de los Reyes Magos*; me enamoré del *Poema del Cid*; me hice especialista en fray Gonzalo de Berceo y me penetré de la sabrosa argucia del arcipreste de Hita. No me paré aquí: vi y leí en parte todos los tomazos de la biblioteca Rivadeneira; hojeé manuscritos catalanes, castellanos y portugueses; aprendí casi a fondo el español antiguo; medité ediciones críticas; copié, al no poder procurarme los libros, obras enteras, y finalmente—eterna conclusión y nueva derrota,—decidí dejar a un lado la historia comparada de las literaturas romances para hacer un perfecto manual de historia de la literatura española.

También de éste escribí los primeros capítulos; me remonté a los iberos, a los romanos; seguí las vicisitudes de los godos, la invasión de los árabes, el surgir del nuevo vulgar, y pude llegar hasta los primeros documentos. Pero la narración se interrumpió en plena crítica del *Poema del Cid*. Habían sobrevenido otros pensamientos y otros estudios que tenían poco que ver con la erudición. La literatura española fué mi última aventura de compilador y de docto. Deplorable aventura—último momento de un descenso que entonces no advertí yo cuán precipitado era.

Del todo, al especialismo; de la sabiduría completa, a la historia universal; de la historia universal, a la crítica de la religión; de ésta, a la literatura comparada universal; luego, a la literatura romance comparada; posteriormente, a una sola literatura, y final-

mente, a un solo período de una literatura. A fuerza de fracasos parciales, de descartes, de reducciones y estrechamientos, yo, que lo quería todo, que quería saberlo todo y enseñarlo todo, me había reducido a complacerme con variantes y minucias filológicas y bibliográficas en el ribazo de un surco. ¡Y antes el campo entero habíame parecido espacio harto angosto para mi deseo de trabajo! Toda mi vida, aun después, ha sido así: un eterno impulso hacia el todo, hacia el universo, para después recaer en la nada o tras el valladar de un huerto; un sucederse de ambiciones enormes y de renunciaciones precipitosas. Esta breve historia de tentativas infantiles es una de las posibles traducciones del secreto de mi vida.